

# Un Helado de Ilusión

Samantha Segura Bautista



Un Helado de ilusión.

Copyright 2026© de la obra de Samantha Segura Bautista  
Publicación Independiente.

Versión original en Español.

Esta es una obra de ficción. La autora ha inspirado la historia en el mundo que la rodea; no obstante, cualquier parecido a personas reales (vivas o muertas) es simplemente una coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de este relato sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

¡Gracias por leer este relato y apoyar mi obra!

- Samantha Segura Bautista

# Un Helado de Ilusión

A black and white line drawing of an ice cream cup. The cup has diagonal stripes. It contains two scoops of ice cream: one is plain and the other is topped with sprinkles. A spoon is inserted into the scoops.

Samantha Segura Bautista

12:56

12:57

12:58

El tiempo pasaba demasiado lento para su gusto y contar los minutos no estaba ayudando en absoluto.

Ansiaba la llegada de su hora de comida para poder ir a la gelateria. Por eso, al dar las trece en punto, cerró el portátil, cogió su móvil, su cartera y su portafolio.

Dada la velocidad con la que dejó su puesto de trabajo, cualquiera pensaría que odiaba su profesión, pero eso no podía estar más alejado de la realidad. Afortunadamente, tenía el trabajo de sus sueños, pero a esa hora trabajaba *ella*.

La chica de la sonrisa amable y las manos bonitas.

Al llegar a la gelateria, se encontró con una fila que casi salía del local.

—Cómo se nota que está llegando el verano... y el calor —pensó.

Se paró de puntitas y la buscó con la mirada, casi tropezando al embobarse con las constelaciones que formaban sus pecas. Allí estaba, concentrada en su trabajo y

totalmente ajena al chico que había venido tan solo para verla.

—El siguiente, por favor —escuchó decir a una voz aguda.

Aquello hizo que desviase la mirada para encontrarse con otra joven que también trabajaba allí. Era bastante guapa y muy simpática, pero no era *ella*. Y él solo quería que le atendieran esos ojos color chocolate.

—Uno, dos, tres... —empezó a contar mentalmente a las personas paradas frente a él—. Esos seguro que vienen juntos, así que cuatro... y yo soy el quinto. ¡Perfecto! —suspiró aliviado.

Ahora solo tendría que reunir la valentía para hablar con ella.

Los minutos volvieron a parecerle eternos. Mientras ambas jóvenes atendían a los clientes frente a él. Y, aunque usaba ese tiempo para imaginar cómo sería preguntarle por su sabor de helado favorito o, si fuera lo suficientemente valiente, si algún día podría invitarle uno, le parecía que mientras más tiempo pasaba, más se acobardaba.

Se repetía a sí mismo que estaba preparado, aunque no sería la primera vez que pedía un helado y se iba sin hablarle.

Distraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que



no había tenido en consideración que algunos clientes tardan más que otros en pedir. Y así, lo que más temía paso:

—Siguiente, por favor —dijo con su melodiosa voz.

Quiso dar un paso adelante, pero se vio interrumpido por la pareja frente a él. Que se acercó y, sin siquiera saludar, empezó a pedir.

—¡Qué maleducados! —pensó. Pero no se detuvo a pensar en ello demasiado, pues la realización de que le habían fallado los cálculos llegó rápidamente, dándole un vuelco al corazón.

Sus ojos danzaban entre las dos jóvenes. No quería gastar tres euros y cincuenta en un helado, si no iba a poder acercarse a ella. Verla tararear la canción que suena en la radio, mientras su cola de caballo se mueve de lado a lado, y pararse de puntitas para poder escucharlo bien antes de servirle su helado, era para lo que venía. Eso y por una nueva oportunidad de invitarla a salir.

—¿Vas a querer algo? —preguntó la otra joven, claramente irritada por su falta de respuesta.

—Eh... —Le estaban hablando a él, pero la persona que lo llamaba no era quien él quería. Y, ¿ahora qué?—. Vaya usted primero, yo aún no sé qué quiero —dijo a la señora parada detrás de él.

—¿Está seguro? —preguntó sorprendida.



A lo que él solo asintió rápidamente con una pequeña sonrisa. Aunque la elegante señora no lo supiera, en realidad le estaba haciendo un favor y rezaba para que la pareja terminara antes que ella.

—Pues muchas gracias. Me da un...

Sintiéndose victorioso, ignoró a la clienta y volvió a centrarse en aquellos cabellos castaños, desviando la mirada hacia los helados de vez en cuando. Tenía que fingir que aún no sabía qué iba a pedir.

En cuanto vio que la pareja estaba pagando, se acercó hacia la vitrina que estaba al lado de la caja, para estar más cerca de ella. No iba a tentar al destino, ni perdería su oportunidad.

—Buenas tardes, quisiera un helado... —practicó en su cabeza. Mariposas revoloteaban en su estómago y las palmas comenzaron a sudarle. Esta vez no solo le pediría un helado, también hablaría con ella (sobre cualquier cosa que no fuera helado) y, quizás, apartaría la timidez y se presentaría.

—Buenas tardes —dijo la morena, mirándolo con una sonrisa—. Tarrina mediana de *stracciatella* y *pistacchio* sin galleta, ¿cierto?

Embobado, la miró con los ojos abiertos.

—Sabe lo que voy a pedir —pensó. Era un cliente habitual de la gelatería y siempre pedía lo mismo, pero en su



mente aquello lo hizo especial.

Trató de decir algo, pero las palabras no le salían. Y, con la boca semiabierta, tan solo asintió. A lo que la joven se puso manos a la obra.

Se movía con gracia en el pequeño y estrecho espacio que tenía para trabajar. Sus manos se movían con destreza al moldear el helado y luego, al ponerlo con cuidado en la tarrina. A pesar de estar tarareando y contoneándose al ritmo de la música, se podía notar su concentración al poner cada bola del cremoso dulce. Su mirada fija y ojos entrecerrados mostraban que realmente se tomaba en serio cada parte del servicio.

—Aquí tienes. Son tres euros y cincuenta céntimos, por favor.

Sin tomar el helado, sacó su cartera y un billete de cinco euros junto con la tarjeta de la gelatería. Tres sellos más y conseguiría un helado pequeño gratis.

—Gracias, ¡que tengas un buen día! —exclamó con una sonrisa, mientras le tendía su cambio. Y sin más dilación atendió al siguiente cliente.

Permaneció un instante frente a la vitrina, todavía aturdido. Todo había ocurrido demasiado rápido y, antes de darse cuenta, ya había agarrado su tarrina y se dirigía hacia el otro lado del local. Se sentó en su mesa habitual al otro



lado del local, desde donde podía observarla sin llamar la atención. Más tarde se reprocharía no haber dicho ni una sola palabra. No era la primera vez que se quedaba mudo ante ella y, conociéndose, tampoco sería la última.

Tras sentarse, sacó de su portafolio un cuaderno de dibujo y un lápiz. Había perdido la cuenta de la cantidad de ilustraciones que había hecho sentado en esa mesa. Y, a pesar de conocer de memoria sus facciones, la miraba de vez en cuando para tratar de capturar su esencia del día.

El helado se derretía en la mesa mientras él se dedicaba a hacer trazos imperfectos sobre la hoja.

—¡Mierda! —pensó. Unos golpes en la ventana provocaron que el último movimiento del lápiz se desviara. Y ahora había una línea en medio de la cara de la joven. Su dibujo estaba arruinado.

Escuchó sus voces y risas. Los idiotas de su oficina, y sus mejores amigos, le hacían gestos y señas de amor desde fuera del local. Casi podía escuchar sus pensamientos:

—¿Le pediste salir ya?

—¿O te acobardaste de nuevo?

—¿Siquiera le dijiste una palabra?

Avergonzado y sin querer pensar en su fracaso, les sacó el dedo medio sin mirarlos. Cosa que provocó una carcajada a sus amigos, antes de marcharse.



—Esto me pasa por contarles por qué vengo aquí — pensó.

Por fortuna, la hora pico del almuerzo había terminado y había pocos clientes que pudieran ver la escenita que montaron. Por desgracia, una de las personas allí era la chica de sus sueños, que se acercaba hacia él con un trapo y un spray.

El corazón le empezó a latir rápidamente y el lápiz casi se le cae de la mano. ¿Debería decirle algo? ¿Sabrá mi secreto? ¿Se habrá sentido incómoda?

Trató de calmar la avalancha de pensamientos, centrándose en los productos de limpieza que llevaba en las manos.

—No está allí por ti. Ni siquiera sabe que existes —se dijo a sí mismo.

Pero como no funcionaba, bajó la vista a su lienzo y fingió estar dibujando mientras ella limpiaba una a una las mesas del local hasta llegar a la que estaba a su lado.

La observó por encima del cuaderno. Bajo aquella luz su coleta tenía reflejos dorados que le daban un brillo nuevo y una dimensión que no había considerado en sus ilustraciones.

—¿Está todo bien? —preguntó al sentir la mirada del chico.



—Eh... —Se quedó paralizado. ¿De verdad le estaba hablando a él? Alzó la mirada, fijándose en su rostro, y notó que ella lo observaba con algo parecido a la preocupación—. Sí... gracias.

—Vale. —Hizo una pausa, indecisa sobre sus próximas palabras—. No quiero meterme donde no me llaman, pero me pareció bastante feo que te molestaran así.

—Ah —exclamó apenado—. No fue nada, son unos idiotas.

—¡Idiotas es decir poco! —alzó la voz alterada.

—A veces los amigos...

—Un amigo no debería comportarse así —interrumpió.

No supo qué responder. La verdad es que a veces le molestaba que se burlaran de que estuviera enamorado de una persona con la que, hasta ese momento, no había hablado más de un par de frases. Sin embargo, era parte de tener amigos. A veces ellos te molestan y otras tú a ellos.

—Por cierto, ¿qué haces? —preguntó inclinando la cabeza hacia el cuaderno que sostenía con ambas manos—. Vienes todas las semanas y siempre te veo garabateando.

Instintivamente, lo acercó más a su pecho como para proteger de su vista la ilustración en la que estaba trabajando.

—¿Y bueno? —insistió curiosa.



—Dibujo —respondió nervioso. Lo que menos quería hacer era hablar de sus ilustraciones y, sobre todo, del retrato en el que estaba trabajando hoy. Pero al ver que su respuesta había sido muy cortante, añadió: —Soy ilustrador.

Aquello la incuriosó aún más y su semblante cambió al instante. Él no lo sabía, pero el arte le encantaba desde chiquita y siempre había querido trabajar en ese mundo.

—¿Qué tipo de ilustrador?

Mientras decidía si decirle la verdad o inventarse algo, se dio cuenta de que ella había dejado de limpiar. Toda su atención estaba puesta en él, con una mirada tan directa que parecía querer atravesar cualquier defensa.

—Ilustro personajes —exclamó. No era mentira, pues su trabajo consistía en dar vida a los protagonistas de videojuegos. Aunque ese preciso cuaderno no lo usaba para el trabajo.

—¿Qué tipo de personajes?

Maldijo para sí mismo; había tratado de permanecer lo suficientemente genérico como para evitar más preguntas, pero parecía que ella estaba realmente interesada. Aquello lo hizo sentirse confundido. Por una parte, desde hace tiempo esperaba que ella se fijara en él y, por otra, en ese preciso momento su atención era lo que menos quería.

—Personajes animados, como Mario, Sonic...



—¿¡Tú diseñaste esos videojuegos?! —interrumpió, sorprendida.

—No —dijo con una suave risa—, pero mi trabajo se centra en ese tipo de ilustración.

—¡Wow! Qué interesante. ¿Puedo ver? —dijo inclinándose hacia él.

—¡No! —exclamó acercando aún más sus creaciones a su pecho.

—Lo-lo siento, no quería incomodarte —dijo algo decepcionada, mientras daba un paso hacia atrás.

Pudo ver cómo la luz se opacaba en sus ojos. Aquel brillo de interés que había mostrado hacía unos segundos había desaparecido. Y, aunque le dolía, sería peor si ella se diera cuenta de que no viene por el helado, sino para retratarla mientras sueña en su historia de amor.

—No, yo... lo siento.

—Está bien, son tus asuntos —dijo mientras volvía a limpiar la mesa de al lado—. Que tengas un buen día.

—Es que aún no estoy listo —susurró al verla alejarse.

Bajó la mirada al retrato en el que había estado trabajando. Su musa capturada en un instante completamente natural, sin poses ni sonrisas preparadas. Un mechón rebelde le rozaba la mejilla, ocultando parcialmente sus brillantes ojos. Y los labios un tanto fruncidos debido a la



concentración, se acercan a la punta de su respingada nariz. Por un momento, se sintió culpable y decidió tirar la ilustración que ahora estaba manchada por la realidad. Por primera vez en meses había hablado con ella, pero al tratar de ocultar su enamoramiento arruinó la única conversación que había tenido con ella y ahora no sabía si tendría otra oportunidad.

Triste, tomó la tarrina y se bebió el ya derretido helado de un trago. En el camino de regreso al trabajo se castigaría por lo sucedido, pero aunque todo fuera una fantasía, en su mente (y en sus dibujos) su historia era real y no quería que nada la rompiera. No todavía.



# ¿Quieres conocer más de esta historia?

Un Helado de Ilusión forma parte del proyecto Relatos Cortos 2026 y a través de los Paquetes VIP tendrás acceso a contenido adicional exclusivo.

Detrás de cámaras, anécdotas divertidas, contenido escrito adicional, y mucho más.

Si quieres conocer ser un lector VIP tienes dos opciones:

## **Pack colección 2026**

¡Apoya todo el proyecto!

Además de este relato y su contenido adicional, tendrás acceso a otros once relatos y un novelette exclusivo.

Disponible por 25€  
(un solo pago)

**OBTENER**

## **Rack relato**

### **“Un Helado de Ilusión”**

¡Disfruta de este relato!

Te da acceso a la historia y al contenido adicional exclusivo de este relato corto.

Disponible por 3€

**OBTENER**

# SOBRE EL AUTOR



Samantha Segura Bautista es una persona creativa y curiosa que siempre está contando historias que surgen de sus sueños.

A pesar de escribir desde 2016, no fue hasta 2022 que se mudó a Milán, Italia que empezó a compartir sus novelas con otros.

Actualmente tiene dos novelas publicadas y un libro de mandalas para colorear. Además, durante 2026 podrás disfrutar de su colección de relatos cortos que comparte a través de su [página web](#) y su página de [Payhip](#).

Otras obras de la autora:

